

II. Cuestiones Actuales

TRAS LA HUELLA DE MARTÍN LUTERO **Crónica de un viaje ecuménico a Alemania** **(marzo del 2016)**

FRANCISCO HENARES

RECIBIDO: 15/04/2016

ACEPTADO: 10/05/2016

Cual si lloviera gracia de Dios, llegó sobre nosotros, nos tocó en el hombro y nos dijo: marchad a Alemania en peregrinación con el fin de re-conocer a Lutero. Y si una fe ahistórica es imposible en teología, nuestro viaje miró presto al 1517, fecha en que Fray Martín Lutero, fraile agustino alemán, clava las 95 tesis en la puerta de la iglesia del castillo del Príncipe de Sajonia Federico III. La ciudad de Wittemberg de protagonista. La excomunión lanzada por el Papado advino después y así empezó una época de la historia de gran calado en muchos aspectos, no sólo religiosos, que dura hasta nuestros días. El centenario (500 años) de ese hecho traerá noticias, expectativas, revisiones, cerrazones, y reuniones excelsas. Sobre todo en Alemania, por lo que nos fue dado ver.

Seguir la huella era la ocasión, y así amarrados a nuestro petate, y organizado por las Misioneras de la Unidad (Madrid) salimos 25 hombres y mujeres (españoles; cinco de Cartagena) en dirección a Sajonia y Turingia. Nos guiaba Pepe Hernández, un claretiano murciano, profesor en la Facultad de Teología de Cartuja (Granada), conocido ecumenista, y también conocido de nuestros encuentros ecuménicos anuales en El Espinar (Sierra de Madrid). Ocho días de viaje, con estas referencias geográficas y luteranas: Wittemberg, Erfut, Eisenath, Leipzig, Castillo de Wartburg, Torgau, Y Berlín con avión de vuelta. La pregunta nuestra era clara.

1. ¿QUÉ ÍBAMOS BUSCANDO DE LUTERO QUE NO LO SUPIÉRAMOS?

Seamos honrados, ignoramos mucho, y lo que sabemos está sumido en polémica de parte a parte. Como si no tuviera más remedio. Y sin embargo, tendrá que haberlo, si nos llamamos hermanos cristianos todos los que andamos a la búsqueda del Reino y su justicia. La respuesta a *qué íbamos buscando* es esta: buscamos al Lutero creyente, preocupado por el evangelio, predicador de la Palabra. O como dice J. Atkison “era sencillamente un hombre con una buena nueva”. Y añade: “Para el lector puede resultar molesto, incluso embarazoso, descubrir que la principal preocupación de Lutero era predicar a Cristo” (pág. 12).¹ ¿Por qué buscamos al Lutero creyente? Porque urge conocerlo mejor, desde esa ladera de un creyente de la Palabra. A su vez, pasar y repasar por sitios de tanto color luterano, de algún modo nos trasladaba a una realidad tangible. Nos unía también a otros visitantes, por Pascua, que hacían lo mismo dentro de Alemania, y unirnos a orar juntos *con ellos*, no sólo *por ellos*, se convertía en experiencia de cristianos que ensayan el hermoso dicho de Juan XXIII, a las puertas del Vaticano II: *es más lo que nos une que lo que nos separa*. Construyamos puentes, por tanto, antes que bombardeos que los deshagan. Paremos mientes, por añadidura, en que somos todos sacerdotes (aún los más legos bautizados), pero encima, somos *romanos pontífices*, que veneran el *Ut unum sint* de la oración sacerdotal del Señor Jesús *para que el mundo crea* (Jn. 17, 21).

Digamos, en esta introducción, que éramos conscientes también de que el mundo católico se ha visto muy influenciado, desde tiempo atrás, por dos autores católicos conocidos: uno, Cocleo. Y otro, el dominico Denifle. El primero coetáneo de Lutero, y el segundo metido ya en los inicios del siglo XX. Bastante azotadores ambos del Reformador. Por el contrario, de un tiempo a esta parte, va virando el color de Lutero: de rojo perdido a más claro, a pesar de que no llegue a blanco. En este viraje de colores andamos metidos. Es posible que este paso adelante entre en los designios de la historia. Un ecumenista lo echaría por este caz: ha sido preciso tal para aprender de nuestros errores y constantes pre-consejos. La historia agradecerá el cambio. Debemos, pues, de investirnos de este aviso de G.Villoslada: “Hoy la historia es más crítica, y la explicación más matizada” (I, 254).

¹ Las tres biografías que más se citan en esta Crónica son las siguientes: James ATKINSON, *Lutero y el nacimiento del protestantismo*. Ed. Alianza, Madrid 1971; Ricardo GARCÍA-VILLOSLADA, *Martín Lutero* (I- II). Ed. BAC, Madrid 1976; Rafael LAZCANO, *Biografía de Martín Lutero (1483-1546)*. Ed. Agustiniiana, Guadarrama (Madrid), 2009.

2. RECIÉN LLEGADOS A SAJONIA Y A TURINGIA

Nos levantábamos temprano. En estos eventos, yo noto que hay avaricia de aprovechar el tiempo precisamente porque el camino es largo. A las ocho de la mañana, todos desayunados, y autobús que te quiero. Acaece lo primero y notable en autobús: admirar el paisaje verde de estas geografías con una clase de árboles muy repetidos, muy igualados. Acumulaciones de espesas masas de caliza y de margas procuran esos bosques. Paisaje, sin embargo, dividido: *costas continuas se entremezclan con plataformas y depresiones*, me acerca una guía para turistas. Me la copio. Cuán largos, cuán anchos los bosques, sin apenas montañas. Y carretera y manta. Yo miraba los carteles erectos en la carretera (sobre todo los de ciervos) y me decía: tiene que haber cientos en estos cientos de kilómetros con bosque tal.

Entre los 25 viajeros había una regla pactada de antemano: a la tarde-noche, tras cenar, daríamos cuenta de todo lo que ese día habíamos visto y oído. Nos reuníamos en una salita que nos dejaba el hotel y se hablaba de impresiones tenidas por cada cual. Y si es verdad que actualmente el turismo religioso se convierte en una excusa para viajar miles de creyentes (o menos), también es cierto que la reflexión constante con la historia que pisan tus pies, con el paisaje, con los modos de una Europa que no es igual a la tuya, con los diálogos nuestros, y sobre todo con los sentimientos de cada cual, no los llamaría yo baladíes, ni banales. De ahí que la unidad del grupo en captar al Lutero quizás más escondido, para nosotros tuviera su importancia. No éramos profesores todo el mundo, sino un grupo bastante variado, con un deseo de aclararse en buena parte.

Puesto que el punto ecumenista se daba por supuesto, la pregunta entre nosotros era esta: ¿En qué podemos cooperar los ecumenistas de a pie a que las desdichas del pasado salgan de su encono secular? Acicate tanto de las *ideologías* como de las *mentalidades*, vista ya la larga duración, que nos explicara M. Vovelle, queriendo clarificar ambas cosas.² De ahí que cada noche, se comentaran noticias, que posiblemente no se nos habían ocurrido hasta ahora. Por ejemplo, ¿cómo era Lutero de fraile agustino, cómo era de predicador? ¿Cómo de esposo, cómo era su mujer? Y al ser nuestro viaje de *ruteros de Lutero* sin pretensiones de culturetas, nadie sacaba sobre la mesa, ni en el autobús, libros y más libros de Lutero para confirmar algo. No era viaje de investigadores cultos en simposios, sino de creyentes que buscan dialogar y abrirse a los otros. Con lo cual se hacía, de vez en cuando, una alabanza del

² Cf. *Ideologías y mentalidades*. Ed. Ariel, Barcelona, 6-19.

ecumenismo de base, y se tomaba distancia de otros ecumenismos de jerarquía, o de teólogos de altura, o de atrapados por el *hasta dónde hemos de ceder*, que tanto preocupaba a Y. Congar, temiendo éste no tener la jerarquía una teología acorde con lo ecuménico que se pedía, o se apuntaba a guisa de flecha.

Nuestra avaricia de viajeros resplandecía en que apenas aterrizamos en Berlín, fuimos recibidos por el conductor del autobús, y de corrida salimos para Wittenberg, la ciudad mil veces nombrada. Se hizo largo el trayecto, de noche, pero al llegar al hotel, percibimos de las huellas y los pasos que nos esperaban. Se llamaba *Hotel Martín Lutero*. Tras el desayuno del día siguiente, nos sumimos de lleno en la ciudad, bien llevados por un experto guía a quien le preguntábamos de todo. La ciudad de la Reforma, catalogada por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad se nos abría, en especial cuando, paraguas en mano, nos adentramos en la calle que arriba a la puerta de la iglesia del castillo. Ahí clavó –es fama– Lutero sus 95 tesis el 31 de octubre de 1517. Momento clave para Occidente, en efecto. De todos modos, si se trataba de seguir la huella de Lutero, quizás la casa de éste en Wittenberg se convertía en centro de máximo recordatorio. Durante 35 años esa casa fue el nido de su vida privada y de la vida famosa. Aquí vivió desde su llegada en 1508, primero como fraile agustino, y desde 1525 como padre de familia y profesor de la Universidad de Wittenberg. Hoy está convertida en el museo más extenso del mundo dedicado a historia de la Reforma. Cuenta con unas mil piezas de la vida y obra del Reformador. Como suele ocurrir, la pieza más visitada, o la más chocante al menos, es el baúl de las indulgencias. Un baúl de buenos cueros, anchas proporciones y conservación. Tres candados, tres personas, que tienen que ir unidas, si hiciera falta abrirlo. Un breve texto-guía que nos ofrecieron explicaba qué cosa fueran las indulgencias (sin afinar demasiado en la exposición, todo hay que decirlo): “Los creyentes obtenían por su dinero una especie de boleto de indulgencia, un formulario de confesión que les permitía hacer una confesión completa, y conseguir con ello el perdón de una vez en la vida y en el momento de la muerte”. También el púlpito ahí existente, para muchos de nosotros era un aliciente. A él subió muchas veces el Reformador. Hice que mi mujer lo retratara por todos los lados. De las 95 tesis (reimpresión de 1517) se publicaron 22 reimpresiones en dos años. Por otra parte, el hábito de agustino de Lutero, como acontece con nuestros santos y beatos, no podía faltar en el museo. Data de 1522- 1524, nada menos. Desde el 2004 la ciudad ostenta el título de *Monumento nacional de especial significado cultural*.

Corrimos, pasadas unas horas, ya hacia Erfurt. Ahí vivió el joven Lutero. Ahí entró en el Noviciado, ahí estudió filosofía y teología, ahí profesó la Regla de

los Eremitas de San Agustín, y ahí fue ordenado sacerdote. Etapas importantes, conforme va creciendo *en edad, sabiduría y gracia*, a la sombra del joven Jesús de Nazaret. Y ahí también su fe religiosa comprometida en una Orden importante que se halla en reforma. Precisamente dentro de los eremitas de San Agustín. Y también esto: ahí sus miedos a la condenación futura, y a sus escrúpulos. Todo normal, pero con su pizca de crecimiento serio en gracia y virtudes. El convento agustino, muy reformado hoy, mantiene, sin embargo, la iglesia, que contiene una joya de cristalería medieval en pie, respetada en parte por los bombardeos de la segunda Guerra Mundial. Admirable. La vida conventual del joven fraile era exigente como cumplía a una Orden reformada. Y esto de sentarnos ahora nosotros en las bancas frente a las cristaleras, te deja resonancias de antaño, de la comunidad de aquellos agustinos rezando salmos y antífonas, y cantando, puesto que no olvidó el fraile Lutero su amor por la música.

Afuera, la catedral imponente llena de tesoros de arte. La Universidad, por otra parte, ocupa los años más jóvenes de Lutero. Amanece el siglo XVI, en efecto. Entre la Universidad y el convento agustino las relaciones son inacabables para quien es hombre de estudio, como nuestro Reformador. Una vez que ha alcanzado el *Laureado en Artes*, no tiene él ya miedo de retratarse. Dice: “Soy del partido de Ockham”. Tema que ha generado cientos de páginas en las biografías a Lutero, bien con alabanza, bien con vituperio. Por otro lado, vivía quizás en la Universidad más importante de Alemania. Se trataba también de la ciudad más próspera de Turingia, sobre todo si era Lutero, el joven universitario, que lo proclamaba orgulloso.

3. DE ERFURT A WARTBURG Y LEIPZIG

El día siguiente lo llenamos con la visita a Eisenach y al castillo-ciudadela de Warburth (siglo XII). Elevado éste en lugar de espléndida belleza natural, dominando kilómetros de extensión. Para muchos de nosotros significó momentos de tocar la vida medieval con nuestras manos. En su construcción antigua, y su difícil acceso de subida, nos traía la memoria real de Sta. Isabel de Turingia que allí habitó, y así fuimos maravillándonos con las estancias que recorriamos, los ojos puestos en los muchos cuadros, imágenes y pinturas. Una de las cuales nos permitía mirar al Lutero joven, en pie, que mantiene en sus manos un instrumento musical de cuerda. Faceta relevante en el Reformador, como veremos, aunque pueda extrañar a algunos a las primeras de cambio. El pintor había allí dejado de él una huella sensible. Por cierto, poco vista. Por otra

parte, el castillo se nos mostraba como mansión inmensa del arte poliorcético, ofensivo y defensivo, que explica por qué lo habitó Lutero a la fuerza. Entra éste allí, porque lo arroja y guarda Federico el Sabio, católico príncipe, que no quiso pasarse al luteranismo, pero entendió que debía salvar a Lutero de las garras del Emperador Carlos V, del Papado, y de otros enemigos. Allí lo escondió. El activismo de Martín en los meses que vivió, encerrado más que un monje, y de incógnito, fue notable. Tradujo al alemán el Nuevo Testamento. Todo en una celda cuchitril que aún se conserva (ahora reformándola), pero que llama la atención por su pupitre antiquísimo, donde se sentaba él y metía la pluma en el tintero. Sabida es la pasión de Lutero por escribir y publicar. Recordamos, de pronto entonces, las luchas y prohibiciones en España y más sitios, por este tema de las traducciones bíblicas a lenguas vernáculas, y miedo perenne a que cada cual interpretara la Biblia a su aire. Argumento y mandato, como mínimo, excesivo. No así obró Lutero. Su interés por las traducciones bíblicas al alemán es motivo de ensalzamiento todavía hoy mismo, desde puntos de vista no sólo religiosos, sino lingüísticos del desarrollo de la propia lengua alemana. Admiración al Reformador que puede verse en libros de texto de bachillerato y Universidad aplaudiendo esa entrega.

Bajamos de las alturas de la ciudadela y nos dirigimos a Leipzig (dos días de estancia allí). El agrado de esta bella ciudad perdurará largamente en el grupo nuestro. Por sus calles, limpias, fachadas plenas de estética, en todo cuidadísimas, y también gracias a nuestra guía muy documentada, y excelente pedagoga, en especial al rodearnos de música por todas partes.

Pero hagamos un receso como parada y fonda de la llamada *Disputa de Leipzig* (1519-1520), aquí celebrada a bombo y platillo. Para Lutero supone esta gran reunión un antes y un después, un punto de inflexión definitivo. Es la disputa expectante y muy pública, de grandes teólogos que van enfrentándose entre sí y queriendo poner en claro los avances doctrinales y pastorales del *Rebelde Reformador*, como lo llama Volkmar Joester en su biografía (año 2014). Dicho de otro modo: ¿se podría decir que existe un Lutero de antes y otro de después de Leipzig? Tampoco sería exacto, porque ya el Reformador antes tenía *in mente* mucho de lo que ahí defendió. De hecho, él dijo después que en Leipzig había “perdido el tiempo” con tales disputas. Atkison escribe que “había más excitación en la ciudad que en la cámara de debates” (pág. 199). Suele ocurrir en las disputas que los puntos clave derivan a otros, y te llevan a tácticas forzadas, típicas de la polémica. Lo cierto es que aquí Lutero dio por hecho que no creía en el Papado (y menos como estaba constituido), y tampoco creía en el Concilio. Visto así, corría peligro de quedarse sin referente, y ser

él mismo quien se reforma, pero con pocos más límites eclesiales. El Lutero de antes de Leipzig, ¿podría retratarse quizás de esta manera? En parte, al menos, para un lector de hoy que busca huellas externas de personaje famoso, porque este retrato que sigue, recogido en Leipzig, te acerca luces. Procede de P. Mosellanus, profesor de griego de la Universidad de Leipzig, presente en la disputa solemne. Un retrato por fuera y por dentro.

“Martín —dice— es de mediana estatura, de cuerpo macilento; tan exhausto por las preocupaciones y los estudios que, mirándole de cerca, casi se le pueden contar todos los huesos que hay bajo su piel; por su edad todavía es fuerte y vigoroso; con voz alta y clara. Admirable es su erudición y conocimiento de la Escritura, tanto que parece tener todo a la mano. De griego y de hebreo ha aprendido hasta ahora lo suficiente para poder formarse juicio de las traducciones. No le faltan cosas que decir, porque dispone de una ingente selva de palabras y cosas. En su vida y costumbres es urbano y afable; nada tiene de estoico ni de carácter malhumorado, antes por el contrario, es hombre a todas horas. En las conversaciones se muestra alegre, ingenioso, vivaz y siempre seguro de sí mismo; siempre de rostro alegre y floreciente por muchas atrocidades con que le amenacen sus adversarios, de suerte que difícilmente creerás que haya acometido tan arduas empresas sin mordacidad y petulancia en sus invectivas, más de lo que conviene a un teólogo y a un renovador de la religión”³.

Acabada esta digresión, volvamos al Leipzig en el que poníamos los pies. Medio millón de habitantes, ciudad comercial, tradición de ferias antiguas y eventos de alta cultura presentan una ciudad expansiva de muy buen ver, y de variados tonos. Yo, más interno me estaba quedando con la catedral, con la espléndida librería frente a la iglesia de Santo Tomás (protestante), con la sala de visitas de instrumentos musicales, donde la guía nos metía en el entrelazo de ver cantidad de ellos, pero tenía cada cual un botón que te impulsaba a apretar el que más te gustara. Y lo hacías de pronto. Allí, el oboe, la viola de gamba, el laúd, y este, y estotro. Apretabas el botón y se armaba un miniconcierto a la carta. Estábamos en la casa nada menos que de Juan Sebastián Bach, el célebre organista y protestante puntual. La avispada guía, sacó una pieza manuscrita de Bach (pentagramas y más pentagramas), e hizo que nos fijáramos en que parecía una *chuleta* para cuando Bach ponía las manos en el teclado. Preguntó ella que quién sabía órgano de nosotros. Y yo (recordando al pipiolo organista que fui de mi curso en el Teologado de Orihuela), dije que me chocaba que en

³ R. Lazcano (pág. 146) toma el retrato de V. A. Loescher (documentos publicados en Leipzig, de 1720- 1729). Suponemos que la traducción es del mismo Lazcano.

tal pentagrama sólo estaba escrito lo de la mano derecha, y por supuesto nada del pedalero. Y era buena la respuesta. ¡Qué pegote el mío! Eso quería decir, por tanto, que Bach sabía, en su memoria, colocar lo que correspondía a la otra mano y pie. Divertida sesión en el mediodía de Leipzig.

Pero hubo más música, tras las huella del Lutero músico. Fue en la iglesia de Sto. Tomás donde tocara Bach miles de veces (frente a su casa). Vino de perlas advertir en las carteleras que a las seis de la tarde se anunciaba ahí un concierto de órgano y de una coral famosa. Concierto de Resurrección flotante todavía en esa semana. Contaré sólo esto: el acto comenzaba con una pieza breve del místico y simbólico Olivier Messiaen, pero en el programa salían unas palabras de él, de cómo imaginaba la Resurrección con un órgano en las manos. Era sólo usando dos modos: con acordes mantenidos, imponentes, y con *llenos*, los mil tubos a toda pastilla, *organum plenum*. Me senté minutos antes, porque había que coger sitio junto a mi esposa. Se iba a llenar y así fue. Sonó el primer acorde. Cerré los ojos y me inundé de Resurrección. Igual lloraba unos segundos, que daba gracias por creer que estaremos resurrectos. Me veía en Galilea (Jn. 8, 16) allí esperando que llegara el radiante Cristo resucitado, que está a la diestra de Dios Padre, pero también que me toma por mi débil diestra. ¿Y si digo que esto pudo ser por mediación de Lutero, a quien le estorbaban las mediaciones, por cierto? En mí medió Messiaen, creyente como un pentagrama de luz, de armonía y de justificación. Las tres gracias del Señor Jesús. Santa Trinidad. Dios sea loado. Cuando abrí los ojos, vi que los 25 del viaje estaban por allí diseminados, pero junto a cientos de alemanes que aquí se habían citado. ¡Ah, se me olvidaba decir que en ese púlpito y en esa iglesia predicó una vez Lutero.

En ese día captamos todos algo que no es minimista en punto a Lutero, a saber, que era muy aficionado a la música, que tocaba el laúd, que componía letra y música para cantar en la liturgia (y fuera de ella). Que perdura hoy ese talante. R. Lazcano le dedica un parágrafo (pp. 242- 247) con este título: *Músico, poeta y cantor de la fe*. Y G. Villoslada (II, 134 -142) habla del *himnógrafo* y del *floreCIMIENTO de la himnografía luterana*. Lutero tenía una voz hermosa. Era consciente de que el canto suena como un alivio en la vida. Y en la liturgia refuerza lo que sientes. Hijo, al fin, de San Agustín, repetiría el dicho de éste: *El que canta, ora dos veces*. Todavía hoy los protestantes cantan himnos de Lutero. Posiblemente el más famoso es el que remeda al salmo 46: *Castillo fuerte es nuestro Dios*. Es algo que hemos visto más de una vez, pero la misma Iglesia católica alemana hace otro tanto. La misa en Berlín, en la catedral católica, el último día de viaje era una confirmación de que liturgia sin

canto es fuego apagado. Hermosa misa aquella en Berlín. Todos a una voz en semana de Resurrección. Supo verlo también Lutero, porque la música era la mejor forma de llegar al pueblo.

4. EL FINAL EN TORGAU

Esos días de Sajonia y Turingia se cerraban con el viaje a Torgau. Tuvimos una experiencia interesante. La de tener que comer, y arreglar la necesidad del hambre acudiendo a la casa que tienen los claretianos por aquellos alrededores. Se improvisó todo, pero comimos bien. Y encima vivimos de cerca cómo vive esa pequeña fraternidad, trabajando en un mundo secularizado. Se habla de que los católicos no pasan de 7-8 % de practicantes, y de un 12-13, los protestantes. La gran sorpresa allí mismo (fue terreno perteneciente a la comunista Alemania oriental) nos llegó de descubrir junto a la fraternidad sencilla y pobre, la inmensa abadía de monjas cistencienses otrora, y hoy en casi abandono. Imponente iglesia medieval, maravilloso claustro (lo que queda del día), maravillosas ruinas. La gran Alemania de hoy, creemos, hará algo para ponerlas en pie de estética e historia. Justo ese día se congregaban ahí, en fin de semana, un grupo de chicos y chicas. Otro gozo. Todo con sordina. Nada en cientos. Su estilo de macuto y sacos de dormir, me recordaba a jóvenes de Taizé.

Y ya, arribamos a Torgau. A otro castillo admirable, con fosos y con osos (dos parejas en el foso, delicias de niños y mayores). Hastenfels impone por sus hechuras. Los Príncipes sajones que defendían al Reformador hacían que este lugar tuviera visitas abundantes de éste, mitad por diplomacia, religión, campo social, rompimiento de creencias, etc. El gran palacio de Federico y de su hijo era célebre entre la nobleza de Sajonia por las altas reuniones que se celebraban. Era el lugar de los Príncipes Electores. En la iglesia de Santa María de la ciudad (no le han cambiado el nombre mariano; se vive aquí un aire más libre que ese otro rigorista y cominero que a veces vemos en España). Me impresionó el órgano. Esa iglesia fue en la antigüedad basílica romana, nos dice la guía. En la capilla de palacio, me quedé otra vez mirando al púlpito. Se conserva, pero es que desde ahí predicó muchas veces Lutero, quien acudía necesariamente a las reuniones del palacio. Tiene tres caras el púlpito esculpidas así una por una: 1.- Cristo escribe en tierra (escena de la pecadora a quien quieren apedrear, según el evangelio). 2.- Cristo predicando, creo. 3.- Cristo expulsa a los mercaderes del templo.

Pero Torgau era también ruta muy obligada para nosotros, porque queríamos convivir con el ámbito de Catalina Bora, la mujer de Lutero, la madre de muchos

hijos, y fuerza esponsal del Reformador. En Torgau murió ella, y está enterrada ella. *Mujer fuerte* como quiere la Biblia. Había una vibración con la esposa de parte nuestra. Días antes –en las tardes noches de marras– se nos habían leído páginas del Reformador, en su cualidad de esposo y buen padre de familia. Aparecía, diríamos, otro Lutero del que nos presentan casi siempre enfadado y perseguido. Por eso, cuando Pepe Hernández abría el librito y leía alguna carta de él a ella, y la llamaba con nombres inventados y llenos de humor, cuando la llamaba Kate (Catalina) se olía a casa, mantel y hogaza.⁴ Saber de Kate era saber de la típica mujer de pueblo alemán, luchadora, trabajadora, madre de muchos hijos y con los jóvenes estudiantes a los que atendía y daba casa y comida. Esposa de un hombre polemizado, activísimo, con un poder crítico enorme, no debe ser fácil jamás para una mujer. Más admirable ella, tras la muerte de Lutero, porque los sufrimientos fueron mayores, económicamente y de salud, además de verse sola, sin marido.

Ahora estábamos en el pueblo de Torgau. En la iglesia (estaba cerrada, pero tienen las puertas buenos cristales) se veían unos letreros junto a la tumba de Catalina. En el museo, en la otra calle, frente a la puerta, hallamos una columna y sobre ella un busto de Catalina. Curiosamente, es un busto bifronte, como los clásicos romanos: por una cara, ella baja la cabeza (cual si fuera una sumisa monja); por la otra cara, ella alza, altiva la cabeza, como mujer fuerte. Se le tiene cariño en Alemania. Era frecuente ver tarjetas de ella para la venta y recuerdo. La misma guía que nos va enseñando todo, habla castellano, y da a entender que Catalina puso paz en el conflictivo Lutero, un hombre que le llevaba 16 años de diferencia a ella, y que quizás no había pensado en casarse, como da a entender en sus escritos. Ir a Torgau fue una loa a la mujer.

Pasa por Torgau el río Elba. Voy ya de vuelta en el autobús. Fluye el río y el agua corre como la historia. El autobús avanza, y el paisaje te trae y retrotrae a cuán confusa es la vida, cuán confusos los humanos, cuántas prepotencias de tantos. Y sin embargo, la mujer es fuerte y luchadora frente a todo. Ya ves, casarse con una monja un fraile, en la época, tenía algo de maldición. Se temía, por superchería, que nacería un monstruo, un disminuido. Fluye el río Elba, *el río que ahora me lleva*. Pero nació una de las hijas (Magdalena, que murió adolescente). La pintó Lucas Cranach y era un bombón de muchacha.

En una de esas tardes noche de reunión en el hotel, alguien explicó sus sentimientos, y manifestó que estos días iba aprendiendo a dar gracias por

⁴ Le pregunté a Pepe Hernández de dónde había sacado ese librito. Cree que está agotada la edición. Se publicó en Barcelona (1983) por la editorial Pléroma, y con prólogo de E. Miret Magdalena, conocido escritor en defensa del ecumenismo.

los Reformadores en la Iglesia. Antes de Lutero ya había, obviamente, reformadores, y algunos fueron a la hoguera (Juan Huss), o se descolgaron con una sábana desde la ventana de su celda y huyeron para salvar su vida (Juan de la Cruz). Ha quedado quizás como un solaje, a través de los siglos de Iglesia, que un Reformador está menos integrado que un confesor extasiado o un mártir acribillado. Confrontemos los cientos de canonizaciones y beatificaciones de unos y otros y saquemos la estadística. Abramos las letanías de los santos, los requiebros de gracias y las admiraciones. Verán los huecos de un Reformador. Sin embargo, da casi igual. Fluye el Elba.

Y, en fin, de esta clase de viajes cae un agua que parece sirimiri por lo fina, que nos empapa. El agua de amistad bienquista, de vamos a seguir viéndonos, llamándonos, que para eso está el *whatsapp*, y mi e-meil y el tuyo. Oye, y crearon un *Foro Lutero* de intercambios personales que funciona. Las mujeres (eran más ellas que los hombres) todo lo pueden. Además, de las muchas tiendas visitadas, sale ahora en nuestras casas un tazón de desayuno donde pone *500 Jahre Reformation 1517- 2017*, y más arriba, en círculo, la *rosa blanca* de Lutero. Todavía nos acompañan mil fotos y papeles de Información y Turismo sajón y turingio, y de un hotel unos mantelitos de papel impreso con el Lutero de Lucas Cranach mirándonos (más de uno lo guardamos en la maleta). Queda, de despedida, dar gracias a las Misioneras de la Unidad, y no sólo por el viaje, sino por la acogida a la ida y a la vuelta en su Casa-Residencia (Madrid). En estos viajes siempre hay arreglos de fraternidad. ¡Enhorabuena, ruterros! Se aproxima el 2017. Lo verán nuestros ojos.

